

actitudes ambientales – environmental attitudes

Authored by
memjavad

January 29, 2026

RECOMMENDED CITATION

memjavad (2026). *actitudes ambientales – environmental attitudes*. Spanish Psychological Databases. Retrieved from <https://spanish.arabpsychology.com/?p=8659>

Actitudes Ambientales

Primary Disciplinary Field(s): Psicología Ambiental, Sociología Ambiental, Economía Ecológica, Ciencias Políticas

1. Definición Central

Las actitudes ambientales se definen, en el contexto de la [Psicología Ambiental](#) y la sociología, como las predisposiciones aprendidas y relativamente estables que tienen los individuos para responder de manera favorable o desfavorable a objetos, problemas, personas o acciones relacionadas con la preservación, el uso o la calidad del medio ambiente natural. Estas estructuras mentales no son meros reflejos de la realidad, sino constructos internos que median entre los estímulos ambientales y la respuesta conductual del sujeto, sirviendo como un marco de referencia que influye poderosamente en la toma de decisiones y en la valoración de políticas ecológicas. Comprender las actitudes ambientales es crucial, ya que se consideran uno de los principales predictores, aunque no exclusivos, del [comportamiento proambiental](#), abarcando desde el reciclaje diario hasta el apoyo a iniciativas políticas de gran calado.

Conceptualizadas siguiendo el modelo tripartito clásico de la actitud, las actitudes ambientales se componen de tres elementos interrelacionados: el componente **cognitivo**, que incluye las creencias, los conocimientos y las percepciones que el individuo posee sobre el medio ambiente (por ejemplo, la creencia en el cambio climático o el conocimiento sobre la escasez de recursos); el componente **afectivo**, que engloba los sentimientos, las emociones y las valoraciones que genera el medio ambiente (como la preocupación, el miedo ante la degradación o el placer derivado de la naturaleza); y el componente **conativo** o conductual, que refleja la intención o la disposición a actuar de una determinada manera en relación con los problemas ambientales. La coherencia entre estos tres componentes determina la fuerza y la estabilidad de la actitud, siendo las actitudes más fuertes aquellas en las que los tres elementos están alineados.

Es fundamental distinguir las actitudes ambientales de otros conceptos relacionados, como los valores o las normas. Los **valores** (e.g., el altruismo, el hedonismo) son creencias más abstractas y fundamentales que trascienden situaciones específicas y sirven como principios guía en la vida, mientras que las actitudes son más específicas y se dirigen hacia objetos particulares. Las actitudes ambientales actúan como un puente entre estos valores fundamentales y las acciones concretas. Además, la investigación ha demostrado que las actitudes pueden variar significativamente en su especificidad; una actitud general hacia la "protección del medio ambiente" suele ser menos predictiva del comportamiento que una actitud específica hacia el "uso de transporte público" o el "ahorro de agua en casa".

2. Etimología y Desarrollo Histórico

Aunque la preocupación por la relación entre el ser humano y su entorno es milenaria, el estudio científico formal de las actitudes ambientales surgió como un campo de investigación diferenciado a mediados del siglo XX, impulsado por una creciente conciencia pública sobre la crisis ecológica. Este despertar se cristalizó en la década de 1960 y principios de 1970, un período marcado por eventos clave como la publicación de "Primavera Silenciosa" de Rachel Carson (1962) y la celebración del primer Día de la Tierra (1970), que movilizaron a la sociedad y catalizaron la necesidad de comprender cómo las percepciones humanas impulsaban la degradación o la conservación.

Inicialmente, los investigadores de la **psicología social** y la **sociología** adaptaron los modelos existentes de actitudes (desarrollados principalmente para entender el prejuicio o la conducta política) al dominio ambiental. Los primeros estudios se centraron en medir la "preocupación ambiental general" de la población, asumiendo que una mayor preocupación se traduciría directamente en una acción más ecológica. Sin embargo, este enfoque temprano, a menudo simplista, pronto dio paso a investigaciones más matizadas que reconocieron la complejidad del constructo y la influencia de variables contextuales, socioeconómicas y culturales en la formación de la actitud.

Un hito crucial en el desarrollo histórico fue la formulación del concepto del **Paradigma Ecológico Dominante (PED)**, que describía el conjunto de creencias antropocéntricas y tecnocráticas que históricamente habían guiado la relación occidental con la naturaleza. En respuesta a este paradigma, Dunlap y Van Liere desarrollaron a finales de los años 70 la escala del **Nuevo Paradigma Ecológico (NPE)**, que buscaba medir el grado en que los individuos se adherían a una visión más ecocéntrica y menos dominadora de la naturaleza. La introducción del NPE no solo proporcionó una herramienta de medición robusta, sino que también solidificó el estudio de las actitudes ambientales como un subcampo legítimo y vital de la investigación social, permitiendo la comparación transcultural y longitudinal de la conciencia ecológica.

3. Características Clave

Multidimensionalidad: Las actitudes ambientales no son un constructo unitario, sino que se manifiestan en múltiples dimensiones. Los investigadores han identificado dimensiones como la preocupación por la contaminación, la aversión a la explotación de recursos, el apoyo a la intervención gubernamental y la voluntad de realizar sacrificios personales por el medio ambiente. Esta multidimensionalidad requiere instrumentos de medición complejos que capturen la totalidad de la orientación actitudinal del individuo.

Estabilidad y Resistencia al Cambio: Una vez formadas, especialmente aquellas actitudes ancladas en valores profundos (como el ecocentrismo), las actitudes ambientales tienden a ser

relativamente estables a lo largo del tiempo. Aunque eventos ambientales traumáticos o campañas educativas intensivas pueden modificarlas, generalmente ofrecen una resistencia considerable al cambio, requiriendo un esfuerzo sostenido para su reorientación.

Especificidad Contextual: La fuerza predictiva de una actitud ambiental aumenta drásticamente a medida que la actitud se vuelve más específica y congruente con la conducta objetivo. Por ejemplo, una actitud positiva hacia la conservación de la energía en general es menos predictiva de la compra de bombillas de bajo consumo que una actitud específica hacia la tecnología de bajo consumo. La especificidad es clave para cerrar la brecha entre la actitud y el comportamiento.

Base Afectiva, Cognitiva y Conativa (Modelo Tripartito): Como se mencionó, toda actitud se compone de elementos de conocimiento (creencias), emoción (sentimientos) y acción (intenciones). La interdependencia y alineación de estos tres componentes es esencial para que la actitud posea una alta validez interna y sea un fuerte predictor de la conducta real.

4. Modelos Teóricos Clave

Para entender cómo se forman las actitudes ambientales y cómo se relacionan con el comportamiento, los investigadores han adoptado y adaptado varios modelos de la psicología social. Uno de los más influyentes es la **Teoría de la Conducta Planificada (TPC)**, desarrollada por Icek Ajzen. La TPC postula que la intención de realizar una conducta (en este caso, una conducta proambiental) es el predictor más inmediato de la acción. Esta intención, a su vez, está determinada por tres factores clave: la actitud hacia la conducta (la evaluación positiva o negativa de la acción en sí), la norma subjetiva (la percepción de si personas importantes aprueban o desaprueban la acción) y el **control conductual percibido** (la facilidad o dificultad que el individuo cree tener para ejecutar la acción). Este modelo ha sido fundamental para explicar por qué las actitudes positivas no siempre se traducen en acción si el individuo percibe barreras significativas.

Otro marco teórico esencial, especialmente en el estudio de actitudes ecocéntricas, es la **Teoría del Valor-Creencia-Norma (VBN)**, desarrollada por Stern y colaboradores. La VBN establece una cadena causal que va desde los valores fundamentales del individuo (por ejemplo, valores biosféricos o altruistas) hasta la acción proambiental. Según este modelo, los valores influyen en las creencias ecológicas generales (como el NPE), que a su vez llevan a la conciencia de las consecuencias adversas para la naturaleza y, finalmente, a la activación de una **norma personal** de responsabilidad moral para actuar. La VBN es particularmente útil para explicar comportamientos que implican sacrificio personal o altruismo, donde la motivación no es el beneficio personal, sino la preocupación por otros seres humanos o por el ecosistema.

Finalmente, el **Paradigma Ecológico Nuevo (NEP)**, aunque es primariamente una escala de medición, funciona también como un modelo teórico que clasifica las actitudes en torno a la

relación humano-naturaleza. El NEP contrasta las actitudes antropocéntricas (centradas en el ser humano y la creencia en la abundancia ilimitada de recursos) con las ecocéntricas (centradas en la interdependencia y los límites de la Tierra). El modelo sugiere que la adopción de una visión ecocéntrica es un requisito fundamental para el desarrollo de actitudes proambientales coherentes y duraderas, y por ende, para la aceptación de políticas de sostenibilidad rigurosas.

5. Medición y Escalas

La medición rigurosa de las actitudes ambientales es indispensable para la investigación, la formulación de políticas y la evaluación de programas educativos. Los métodos más comunes se basan en escalas de autoinforme, principalmente utilizando formatos de **Likert** o diferenciales semánticos, donde los participantes indican su grado de acuerdo o desacuerdo con una serie de afirmaciones relacionadas con temas ambientales. La calidad de la medición depende de la validez (que la escala mida lo que pretende medir) y la fiabilidad (la consistencia de los resultados).

La escala de medición más reconocida e internacionalmente utilizada es la escala del **Nuevo Paradigma Ecológico (NEP)**, creada por Dunlap y colaboradores. Esta escala, que consta típicamente de 15 ítems, evalúa cinco facetas clave del ecocentrismo: los límites del crecimiento, el anti-anthropocentrismo, la fragilidad del equilibrio de la naturaleza, el rechazo al excepcionalismo humano (la idea de que los humanos son inmunes a las leyes naturales) y la posibilidad de una crisis ecológica. La NEP es valorada por su capacidad para medir una orientación fundamental y general hacia el medio ambiente, aunque su naturaleza generalista a veces limita su capacidad para predecir comportamientos específicos.

Además del NEP, existen escalas más específicas diseñadas para medir actitudes hacia problemas concretos, como la escala de "Preocupación por el Calentamiento Global" o la escala de "Actitud hacia el Reciclaje". La tendencia metodológica actual subraya la necesidad de utilizar escalas que no solo evalúen las creencias cognitivas, sino también los componentes afectivos y conativos, a menudo complementando los autoinformes con mediciones implícitas (como pruebas de asociación implícita) para mitigar el sesgo de deseabilidad social, donde los participantes tienden a reportar actitudes más ecológicas de las que realmente poseen.

6. Vínculo entre Actitudes y Comportamiento

Uno de los mayores desafíos en la investigación de las actitudes ambientales es la persistente "**brecha actitud-comportamiento**". A pesar de que grandes segmentos de la población expresan actitudes positivas hacia la protección ambiental, sus acciones diarias (consumo, transporte, uso de energía) a menudo no reflejan este compromiso. Esta discrepancia ha llevado a los investigadores a reconocer que las actitudes son una condición necesaria, pero raramente

suficiente, para la manifestación de una conducta proambiental. El vínculo entre lo que se piensa y lo que se hace está mediado por una compleja red de factores.

Entre los principales mediadores se encuentran los factores situacionales y estructurales. Por ejemplo, una persona puede tener una actitud muy positiva hacia el reciclaje, pero si su municipio no ofrece infraestructura adecuada (contenedores accesibles, recogida frecuente), la conducta se verá impedida. De manera similar, los **costos percibidos** (financieros, de tiempo o de esfuerzo) de la conducta proambiental actúan como poderosos inhibidores, incluso cuando la actitud es favorable. La conveniencia y la accesibilidad suelen superar la motivación actitudinal en el contexto de la vida cotidiana.

Otros mediadores clave incluyen las normas sociales y el sentido de eficacia personal. Si un individuo percibe que su círculo social o su comunidad no valora o no practica el comportamiento ecológico (norma descriptiva), es menos probable que actúe, incluso si sus actitudes personales son sólidas. De igual forma, la **eficacia percibida** --la creencia de que la acción individual puede realmente marcar una diferencia-- es un predictor fundamental. Si la magnitud de los problemas ambientales (como el cambio climático) resulta abrumadora, la actitud positiva puede disolverse en fatalismo e inacción. Por lo tanto, fortalecer el vínculo requiere no solo modificar actitudes, sino también eliminar barreras estructurales y fomentar un sentido de empoderamiento colectivo.

7. Significado e Impacto

La relevancia de las actitudes ambientales trasciende la esfera individual, teniendo un impacto profundo en la formulación de políticas públicas, la economía y la educación. A nivel político, las actitudes de la población hacia la sostenibilidad determinan la viabilidad y la aceptación social de regulaciones ambientales estrictas. Los gobiernos que perciben un alto grado de preocupación ecológica en sus ciudadanos tienen mayor legitimidad para implementar impuestos al carbono, restricciones de uso de suelo o inversiones en energías renovables, mientras que una baja preocupación puede llevar a la resistencia y al fracaso de las iniciativas.

En el ámbito económico, las actitudes ambientales impulsan las tendencias del **consumo sostenible**. Una actitud favorable hacia los productos ecológicos o éticos crea una demanda de mercado que incentiva a las empresas a adoptar prácticas de producción más responsables (responsabilidad social corporativa). El creciente poder del consumidor con conciencia ecológica obliga a las marcas a invertir en certificaciones ambientales y a ser transparentes sobre sus cadenas de suministro, lo que afecta directamente la innovación y la competitividad global.

Finalmente, el estudio de las actitudes es central para el diseño efectivo de la **educación ambiental**. Al identificar las lagunas cognitivas (falta de conocimiento) o las barreras afectivas (indiferencia o desesperanza), los programas educativos pueden ser diseñados para fomentar actitudes más positivas y, crucialmente, para vincular estas actitudes con habilidades prácticas y

un sentido de agencia. El objetivo no es solo informar, sino transformar las predisposiciones internas para que el individuo se convierta en un agente activo del cambio.

8. Debates y Críticas

A pesar de su importancia, el campo de las actitudes ambientales no está exento de debates y críticas metodológicas y conceptuales. La crítica más persistente es la ya mencionada **desconexión entre actitud y comportamiento**. Si las actitudes son predictores tan pobres de la conducta en situaciones de la vida real (especialmente cuando hay costos o inconvenientes), algunos académicos argumentan que se debería centrar la investigación directamente en los factores situacionales y las influencias estructurales, en lugar de en las disposiciones internas.

Otra crítica significativa se relaciona con los desafíos metodológicos en la medición. La mayoría de los estudios se basan en autoinformes, los cuales son altamente susceptibles al **sesgo de deseabilidad social**, donde los encuestados responden de la manera que creen que es socialmente aceptable o "correcta" (es decir, proambiental), inflando artificialmente la prevalencia de actitudes positivas. Esto genera una sobreestimación de la conciencia ecológica real y complica la interpretación de los resultados. Los intentos de utilizar medidas implícitas buscan mitigar este problema, pero añaden complejidad al proceso de investigación.

Finalmente, existe un debate sobre la universalidad de las actitudes ambientales. Muchos modelos y escalas, como el NEP, fueron desarrollados en contextos occidentales industrializados. La aplicación directa de estos constructos a culturas no occidentales o a comunidades con diferentes relaciones históricas con la naturaleza (como las comunidades indígenas) puede resultar etnocéntrica y sesgada. Los críticos abogan por un enfoque más sensible al contexto que incorpore la variabilidad cultural en la definición y la medición de la preocupación ambiental, reconociendo que la sostenibilidad puede estar arraigada en valores espirituales o comunitarios que no se capturan adecuadamente en las escalas psicométricas estándar.

Further Reading

[Psicología Ambiental \(Wikipedia en español\)](#)

[New Ecological Paradigm \(NEP\) \(Wikipedia\)](#)

[Teoría de la Acción Razonada y Conducta Planificada \(Wikipedia en español\)](#)

[Environmental Attitudes \(ScienceDirect Topics\)](#)